

SILLÓN DE OREJAS

Que venga Dios y los lea

Por Manuel Rodríguez Rivero

1. Rodajes

Compruebo con desazón deprimente y bigarda que entre las recomendaciones de libros para el verano que en las últimas semanas han aparecido en los suplementos literarios —otra especie en peligro de extinción, ¿o son los lectores informados los que lo están?— predominan las novedades más novedosas; es decir, aquellas que han llegado a las librerías casi al mismo tiempo que las propias recomendaciones. Ya sabemos que la aceleración de los tiem-

pos imprime una desenfrenada celeridad a los productos culturales, y especialmente a los libros, cuya velocidad de rotación en las librerías ha llegado a extremos fulminantes (sobre todo para los que se venden menos), pero resulta lamentable el olvido en esas listas de libros que merecen

un respeto. Por poner un ejemplo: diversas circunstancias me impidieron en su momento enfrentarme con la tranquilidad deseada a *Rodaje* (Anagrama), la última novela de Manuel Gutiérrez Aragón (MGA). Luego, lo urgente de las novedades (y su avalancha) acabó por desplazar a lo que no lo era tanto (se publicó en febrero: casi un siglo para un libro). Tuvo en su momento reseñas positivas, pero quizás perdidas entre el aluvión previo a Sant Jordi. En todo caso, el retraso ha tenido sus ventajas, si no para el libro, sí para este lector. MGA sitúa la acción de su historia en el Madrid fugaz y de atmósfera imprecisa (pero bien documentado y con ambientes reconocibles) de 1963, el año de la “caí-



Casa de Mark Twain en Hartford (Connecticut). M. M. R.

da” doblemente chapucera y posterior “ajusticiamiento” fascista de Julián Grimau, y del rodaje de *El verdugo*, de Berlanga. En varias ocasiones le he oído explicar a su autor que un rodaje es siempre un caos. Y como un caos (pero lúcidamente desplegado) es también esta novela a la vez

satírica, disparatada, triste y divertida, construida con un punto de culposa nostalgia autobiográfica, en la que abundan los juegos metaliterarios y en la que aparecen personajes y motivos muy de su tiempo, como el torturante comisario Conesa (el mentor de Billy el Niño, un hombre todo ternura), o la rivalidad infantil entre los cineastas Berlanga y Bardem. MGA es particularmente eficaz recreando atmósferas, como la del cine Carretas, un templo entonces de “pajilleros” y “sodomitas” (como los llamaba el comisario Mauricio Carlavilla —alias *Mauricio Karl*—), cuyas oscuridades laberínticas y muy visuales me traían a la memoria, *mutatis mutandis*, ciertas escenas oníricas de las películas de David Lynch. En fin, que, si no la hubiera leído, la metería en la maleta para las vacaciones.